

Portugal, desestabilizado

EL GOLPE DE EANES

EDUARDO HARO TECGLÉN

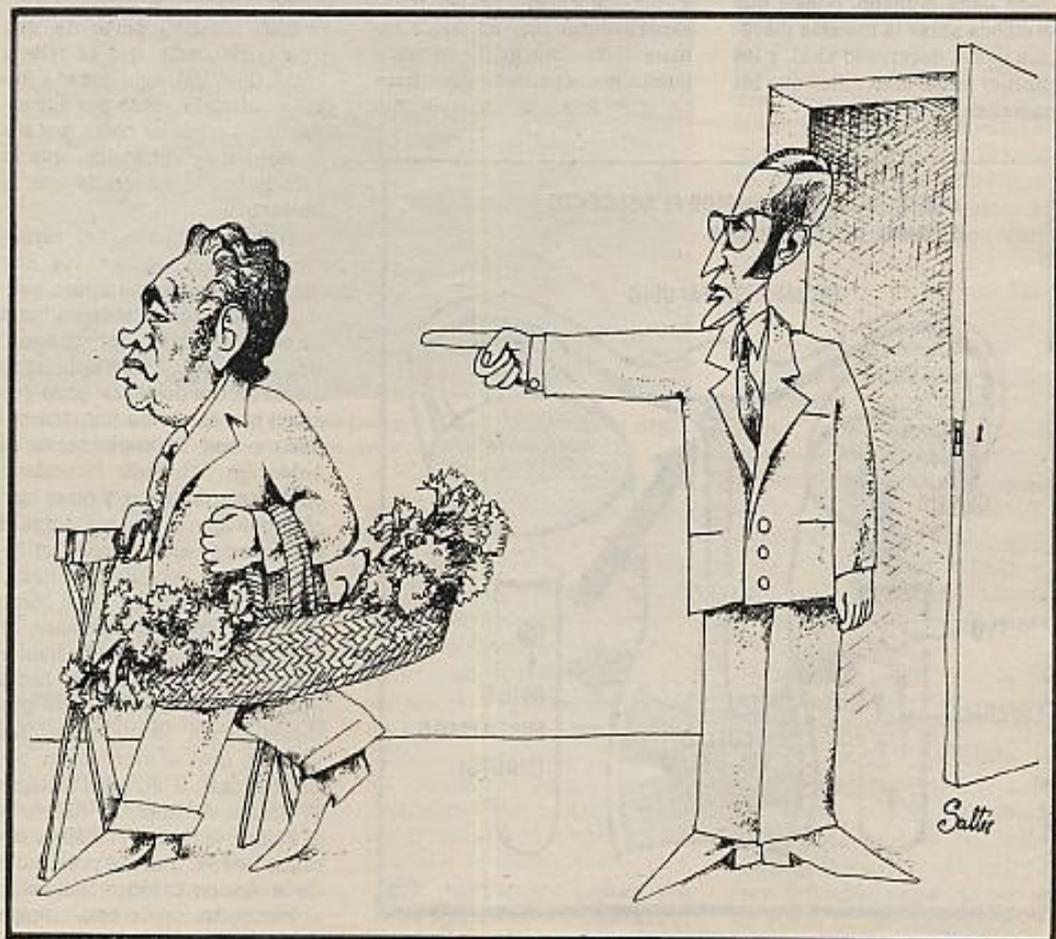
LOS socialistas y los demócratas combatirán en las calles si llega a ser necesario", decla el violento comunicado del 24 de julio con el que anunciaban y denunciaban la actitud de los centristas de Freitas do Amaral —el CDS— que hablan retirado sus tres ministros del Gobierno, teóricamente para facilitar un movimiento ministerial, en realidad para provocar una crisis que ha estallado con la destitución del primer ministro socialista, Mario Soares, por el Presidente de la República, general Eanes, el día 27. ¿Combatir en las calles? ¿Está Portugal próximo a una guerra civil, o por lo menos a una serie de sucesos graves, de enfrentamientos armados? Mario Soares, se sabe, tiene un carácter enfático, exagerado, con una gran tendencia hacia lo dramático. Pero la verdad, en este caso, es que las circunstancias son especialmente graves. Hay una derecha creciente, segura: la palabra desestabilización tiene una vigencia mayor aún que en España, aunque por otros medios menos violentos o menos espectaculares que los de aquí, y la tendencia a un régimen dotado de una cierta fuerza, la famosa "democracia musculada", que podría resolverse con un aumento de las prerrogativas de Ramalho Eanes para llegar a un presidencialismo que la Constitución haría posible es bastante notable. La derecha se une. Evoca al antiguo régimen. El día antes de la crisis del CDS llegaba a Lisboa, después de su exilio, el Presidente de la República que mantuvo el fascismo en Portugal hasta la revolución del 25 de abril, Américo Thomas. Lo había permitido personalmente el general Ramalho Eanes, pero con la conformidad de los partidos de la derecha y del CDS; lo había permitido y realizado contra la voluntad del propio primer ministro, Mario Soares, quien protestaba: "Se trata de una provocación contra todos aquellos que creen en la legitimidad del 25 de abril". En cualquier caso, un Presidente de la República que autoriza un hecho de esta envergadura política contra la voluntad de

su primer ministro está provocando a su primer ministro. Las fuerzas de la izquierda han reaccionado contra el regreso: han pedido una huelga general, que no ha funcionado; han pedido la detención de Américo Thomas, que tampoco, naturalmente, se ha realizado. Han movilizado a un grupo de profesores de Derecho que ha de redactar una acusación contra Américo Thomas por "crímenes contra los derechos humanos del pueblo portugués". Todo conduce a nada. El almirante Américo Thomas, incapaz ya en sus últimos años de gobierno, tiene ahora ochenta y tres años y, personalmente, no representa un peligro concreto para la democracia. La importancia es el símbolo, el acto de provocación, la ruptura pública de identidades entre el Presidente de la República y el primer ministro, el fortalecimiento moral de la derecha y la inclina-

ción del Presidente hacia esta derecha.

Quien haya podido ver la serie de sucesos que se iniciaron en Portugal el 25 de abril de 1974 sin dejarse arrastrar por el lirismo de los claveles sabrá, sin duda, que el freno a la revolución estaba echado desde el momento de la revolución misma: desde la figura altanera y glacial del general Spínola, que la presidió en los primeros momentos, hasta la del general Ramalho Eanes, que la dirige desde el momento electoral de junio de 1976, pasando por el propio Mario Soares, que sabía muy bien, sin duda, dónde estaban los límites de lo posible en el proceso de cambio de estructuras de Portugal. Aunque finalmente no haya podido prosperar: porque los límites se han ido cerrando y cerrando. Se han visto pasar por los centros de poder y de influencia de Portugal figuras de la mis-

tica utópica, como un Alvaro Cunhal capaz de mantener el Partido Comunista en los ideales de la revolución rusa de 1917, como el brillante y revolucionario Otelo Saraiva de Carvalho, como el "almirante rojo" Rosa Coutinho... Desde el mismo ilusionado y conmovedor 25 de abril se veía ya cómo las reivindicaciones de los consejos de fábricas, de los obreros agrícolas, iban encontrando rémoras, dificultades, lentitudes: imposibilidades. La revolución estaba inscrita en un determinado orden. Para los centros de decisión mundiales se trataba de buscar el final de una guerra colonial grave en África —Angola, Mozambique— que se iba a convertir en un centro de revolución continental —todavía se está apagando el volcán angoleño— y se trataba también de evitar estos anacronismos del Sur de Europa —Portugal, Grecia, España— que no correspondían a un





El alcance de la maniobra de Eanes y de la derecha portuguesa se ha subestimado en el mundo de la izquierda, y probablemente la ha subestimado el propio Soares, que se ha dado cuenta demasiado tarde.

cierto orden democrático y que podían degenerar en algo imprevisto. La revolución nacía con su reloj de arena debajo del brazo. Tenía sus días contados. Y sus puntos de seguridad: la sexta flota, los marines en lugares próximos, las maniobras de la OTAN en las costas. Y la fuerza económica. Lisboa no iba a ser Praga, no iba a ser escenario de un golpe rojo, y no lo fue. Cuando el general Ramalho Eanes tomó posesión de su cargo, tras las elecciones presidenciales, lo dijo claramente: "Ahora que hemos evitado Praga, no queremos caer en la situación de Chile". Todo lo que había sucedido antes era producto de "la irresponsabilidad y de la incompetencia": a partir de ese momento se habían acabado las "demagogias y las utopías", las "reivindicaciones irreales", las "querrelas partisanas". Alguien dijo entonces que Portugal había sufrido durante dos años "un surrealismo revolucionario", y la frase fue aplaudida. Apenas había formado ya Gobierno Mario Soares, siguiendo el encargo de Eanes —que cumplía así con la mayoría parlamentaria— cuando el Presidente de la República comenzaba a "poner orden en el Ejército". Esto quería decir el principio de una depuración de los militares revolucionarios, en la que el Presidente encontró la fácil y entusiasta ayuda del ministro de Defensa, Firmino Miguel, hombre de Spínola. El Ejército, decía Eanes, "estaba a punto de transformarse en bandas armadas al servicio de intereses de partido". Mario Soares colaboraba con esta política: su periódico, "A Capital", denunciaba el Consejo de la Revolución por

estar desprovisto de raíces democráticas", no tener "ninguna legitimidad nacional" y constituir "el principal obstáculo a la democracia". Pero esta depuración tenía que pasar por los Tribunales, por las sanciones, por el castigo: el 16 de marzo de 1977, Saraiva de Carvalho, Rosa Coutinho y 32 oficiales pasaban ante el Consejo Superior de Disciplina: por "incapacidad moral y profesional", por "actos ilegales y malos tratos", por "haber querido destruir el Ejército tradicional". Lo que se condenaba era exactamente la revolución del 25 de abril, que devoraba a sus hijos. "Portugal se vuelve a encontrar", gritaba entusiasmado Eanes, y un ministro de Soares decía: "Ser revolucionario en el Portugal de hoy es ser moderado".

Mientras tanto, Mario Soares estaba haciendo un esfuerzo notable por consolidar la democracia. Un esfuerzo político, un esfuerzo económico. No le costaba sin duda mucho esfuerzo distanciarse del Partido Comunista: lo estuvo durante la clandestinidad, durante el exilio, y los abrazos y los fervores del 25 de abril se agostaron pronto. Cierto que Cunhal, con su comunismo utópico y rígido, le daba ocasiones. Pero Soares, sobre todo, quería tranquilizar a un mundo internacional que tenía el dinero y los apoyos suficientes, y especialmente a los Estados Unidos y a Willy Brandt, para obtener créditos e inversiones; y quería tranquilizar a una derecha capitalista que necesitaba cierta seguridad de que no se le iban a nacionalizar sus propiedades, de que no se le iban a confiscar sus tierras y sus fábricas, ni a mantener comités de ges-

tió y de empresa. Pocas veces los hombres políticos de la izquierda llegan a comprender esta lección eterna: que todas las concesiones que se hagan a la derecha caen siempre en saco roto. Nunca se ha dado el caso de que se recompensen con una confianza o con una esperanza. Quizá la derecha tenga razón, y sea esa la mejor manera de defender sus intereses. Mario Soares ha obtenido algunos éxitos económicos importantes, ha excluido con la ayuda de los comunistas a los grupos izquierdistas, y a los comunistas con la ayuda del centro y de los militares eanistas. Ha devuelto al país una sensación de posibilidad contrarrevolucionaria, en la que la derecha se ha repuesto, se ha enriquecido, ha ido tomando el poder. Y finalmente ha dejado de ser necesario.

El alcance de la maniobra de Eanes y de la derecha portuguesa se ha subestimado en el mundo de la izquierda, y probablemente la ha subestimado el propio Soares, que se ha dado cuenta demasiado tarde. Tal como aparece ahora montada, ha consistido, sobre todo, en ir llevando hacia la derecha al partido centrista, al CDS, con el que había un pacto de Gobierno desde el mes de enero, después que el Partido Socialista sufriera una derrota en una moción de confianza en diciembre, en la que no pudo contar con los votos comunistas. El CDS ha visto ahora subir, a la derecha, al PSD, con la resurrección de Sa Carneiro: ha visto que se le iba al público de la derecha moderada, y ha querido hacer una presión derechista sobre Soares. En un principio, la retirada de los tres minis-

tros se hacía para que Soares pudiera realizar una "remodelación del Gabinete". Destinada principalmente a cambiar la política agraria, situando otro ministro de Agricultura. En principio, el problema estaba en que todavía hay un centenar de propiedades agrícolas ocupadas por sus trabajadores, bajo el amparo del Partido Comunista: a pesar de la declaración de ilegalidad de estas ocupaciones, Soares ha dudado siempre en hacer ejecutiva la expulsión. Ha acusado la derecha a Soares —y el CDS ha asumido esas acusaciones— a negociar con el Partido Comunista el mantenimiento de la ocupación, a cambio de una influencia sobre las centrales sindicales para que contengan las huelgas y para mantener un clima de paz social. Todo el núcleo de acusaciones de la derecha contra Soares se centran políticamente en una supuesta inclinación hacia el Partido Comunista, y en lo económico en que favorece a los sectores nacionalizados frente a los sectores privados.

Mario Soares había anunciado hace ya algún tiempo, cuando las presiones del CDS se iban haciendo cada vez más notables, que en el caso de que el partido centrista retirase sus ministros, dimitiría. En el momento en que hacía este anuncio, estaba firmando su propia sentencia. Creía que el CDS no deseaba la crisis porque pretendía mantenerse en el Gobierno; que le estaban haciendo víctima de un "farol". Probablemente no vislumbró que la maniobra tenía más envergadura y el apoyo del Presidente de la República. Apenas había anunciado que dimitiría, cuando el CDS cumplió la condición prevista: retiró sus ministros. Se dice que el CDS había consultado previamente con Eanes, con las asociaciones patronales, con la Iglesia: y que estos estamentos le habían indicado que era ya la hora de abandonar a Soares y dejarle caer.

Sólo que Soares, llevado por su tenacidad y por su elevado sentido de su propia capacidad política, decidió no dimitir. Comunicó a Ramalho Eanes su decisión de cubrir los puestos vacantes con miembros del Partido Socialista. Eanes le aconsejó que no lo hiciera: no tendría en el Parlamento mayoría suficiente para gobernar solo. Cuando Mario Soares insistió, el Presidente Ramalho Eanes tomó por primera vez una decisión a la que le autoriza la Constitución: destituyó al primer ministro. La base legal del Presidente de la

EL GOLPE DE EANES

República consiste en que el Gobierno se ha destruido a sí mismo, al cesar el pacto de coalición al que se había comprometido desde enero. De esta forma ha destruido la última posibilidad de Soares: contar con los comunistas en el Parlamento, al presentar ante él un nuevo Gobierno homogéneo. Alvaro Cunhal lo había ofrecido al decir, en el momento de la dimisión de los ministros de la CDS, que la izquierda contaba con mayoría suficiente en el Parlamento como para gobernar. Probablemente Soares se hubiera agarrado a este último clavo para no abandonar el poder; pero Eanes no lo ha permitido. Formar un Gobierno de unión de izquierdas en un país europeo, hoy, sigue siendo una utopía.

Soares, sin embargo, había podido tocar a rebato, con esta esperanza, en el comunicado que lanzó cuando ya tenía la crisis encima. El comunicado en que hablaba de defender la democracia en la calle. Todos sus términos estaban impregnados de esta fuerza. Había intentado, en el último momento, saltar de su larga defensiva a una actitud ofensiva, guerrera. "¿Por qué la CDS —se preguntaba— ha asumido la responsabilidad histórica de precipitar al país en una crisis de consecuencias imprevisibles, que puede conducir a Portugal a una división brutal entre derecha e izquierda?". La respuesta: "Por la presión creciente e intolerable de las fuerzas de extrema derecha que intenta desestabilizar las Instituciones democráticas, y preparar así nuevas escaladas antidemocráticas y putschistas". Un alto colaborador de Soares, Alegre, denuncia por su parte la posibilidad de "un golpe

de Estado constitucional". La destitución de Soares por el Presidente de la República, evitando que reconstruyera su Gobierno y lo presentara al Parlamento, es un golpe constitucional Legal.

¿Puede derivar Portugal hacia un presidencialismo de derechas? Hace tiempo que los grandes partidos de la derecha, y la Iglesia católica, y la parte más conservadora del Ejército, está solicitando a Eanes que acepte esta responsabilidad. El general ha sido siempre silencioso y enigmático. Pero toda su política ha ido directamente a minar las posibilidades de Soares, a dejarle a un lado cuando no fuera necesario. Tiene en estos momentos muchas fórmulas a su alcance. Desde la de formar un Gobierno de coalición de centro derecha, hasta la de abrir un interregno en espera de unas elecciones generales anticipadas —las normales estaban previstas para 1980—, disolviendo el Parlamento y nombrando para la emergencia un "Gobierno de gestión": se dice que podría poner al frente al general Firmino Miguel, que ya le ayudó a depurar a los militares de izquierda, y que tiene la suficiente mano dura como para conservar el orden a ultranza. Pero se dice también que si la respuesta del país a esta caída, a este golpe, le parece demasiado difícil o problemática, podría simplemente volver a encargar de formar Gobierno a Mário Soares, a condición de que éste aceptase todas las condiciones previas, entre ellas, la de una coalición en la que estuviera representada muy fuertemente la derecha. Puede que el afán de poder de Soares no sea tan fuerte como para aceptar esta solución.

■ E. H. T.



El CDS ha visto ahora subir, a la derecha, al PSD, con la resurrección de Sá Carneiro (en la fotografía).

ESE VIEJO CINICO LLAMADO KISSINGER

EL Presidente (Carter) no necesita abrir un debate público en el seno mismo de su Gobierno para dar a entender a la nación que las cosas pueden concebirse de muy distinto modo. Con estas palabras contesta el viejo guerrero —y escandaloso Nobel de la Paz— Henry Kissinger, al semanario alemán "Der Spiegel", que le hace una larga entrevista en su último número (24 de julio).

En ella, el antiguo secretario de Estado bajo las Administraciones republicanas de Nixon y Ford aborda varios temas relacionados, sin embargo, todos ellos con las vacilaciones de la política exterior del Presidente Carter.

Sobre la desorientación del Presidente.—En un sistema democrático, los puntos de vista diversos de los políticos sobre los asuntos de interés general llegan siempre por se a conocimiento público. El Presidente debe escuchar a sus consejeros, pero no airear sus opiniones divergentes. Ha de dar a conocer, antes bien, su propia posición, que debe ser unívoca. Es su obligación determinar las metas nacionales y el modo mejor de conseguir las. Pero también defender sus decisiones de gobierno, una vez tomadas, ante las críticas, inevitables, de una sociedad pluralista. El problema actualmente es que las voces de los consejeros no dejan oír la del propio Presidente.

Kissinger encuentra, sin embargo, una explicación —que no justificación— para tal estado de cosas. A diferencia de los republicanos, que han dispuesto siempre de muy pocos expertos en política exterior, lo que ha permitido una mayor concreción conceptual, el Partido Demócrata abunda en centros de poder. Cada uno de esos centros sostiene un punto de vista diferente, que trata de imponer al resto. El intento de reconciliar las diversas posturas produce necesariamente un efecto de dispersión. No se trata, con todo, de algo nuevo en la política norteamericana, sino que ya se apuntó esta tendencia en los primeros años de la Administración Kennedy.

Derechos humanos.—Kissinger dice defenderlos como meta. Ahora bien, la dificultad radica en que, en política exterior, no basta con dar a conocer una meta, sino que hay que estar seguro de que se va a poder trabajar activamente, y con resultados positivos, en esa dirección. De no ser así, lo único que se consigue es transmitir a los aliados una lamentable impresión de impotencia.

Bomba de neutrones.—Para Kissinger, se trata de un problema exclusivamente técnico, y como tal debe tratarse. ¿Por qué habría de ser menos ética una bomba que sólo contamina radiactivamente que otras que, sobre eso, reducen a cenizas todo lo que encuentran dentro de su radio de acción? Además, si los Estados Unidos son —o al menos se consideran— los guardianes del futuro nuclear de la alianza occidental, serán ellos quienes deban decidir el tipo de arma más conveniente para esa defensa, y no pedirles a los aliados que decidan en su lugar.

Guerra de África.—"No puede aceptar el mito de los cubanos invencibles", afirma Kissinger. El motivo de que los Estados Unidos no hayan podido frenar la penetración africana de los castristas es la falta de acuerdo de los consejeros presidenciales sobre el alcance real de esa "Injerencia".

Los ataques mayores de Kissinger son para el polémico embajador USA ante la ONU, Andrew Young, que es incapaz, según él, de comprender la significación geopolítica de ciertos sucesos como los del Cuerno de África.

Otra de las causas del actual "impasse" es el debilitamiento del poder del Presidente frente al Congreso. Esta crisis de autoridad se remonta a los debates de política interior a raíz de la guerra de Vietnam, que socavaron peligrosamente, según Kissinger, la autoridad del ejecutivo. En 1975 habría sido relativamente fácil frenar a los cubanos y soviéticos en África. Hoy el coste sería mucho mayor.

Con todo, Kissinger no piensa que los soviéticos tengan un plan preconcebido para la conquista de África. Su única estrategia es aumentar su poderío. Pero sus acciones concretas no son sino consecuencia de un sin fin de circunstancias. ■

JOAQUIN RABAGO.